

die llega, sin embargo, a decir cómo va el trabajo de construcción... ¡Ah, ya, ahí viene uno que viene echando los hfgados, como el tal Alfeo!¹³⁹

MENSAJERO. (Llega sofocado.) -¿Dónde está, dónde está, dónde está aquél? ¿Dónde está Pistétero - nuestro capitán?

PISTÉTERO.- Aquí estoy.

MENSAJERO.- Tus murallas hechas están.

PISTÉTERO.- ¡Feliz noticia!

MENSAJERO.- Trabajo hermoso y perfectamente hecho. Y es tal que si en ellas se encontraran corriendo sus carros el echador de Proxénides¹⁴⁰ y Teógenes¹⁴¹, aunque llevaran caballos tan grandes como el famoso de Troya, pasarían uno junto al otro. Así de ancha quedó.

PISTÉTERO.- ¡Por Heraclés!

MENSAJERO.- Su altura, ya la medí, y tiene cien -- brazas.

PISTÉTERO.- Válgame Poseidón. ¿Quién construyó -- esa enorme muralla?

MENSAJERO.- Los pájaros, nadie más. Allí no hubo

albañiles, ni egipcios fabricantes de ladrillos, ni siquiera carpinteros. Todo lo hicieron las aves con admirable técnica. Llegaron de Libia unas treinta mil grullas y soltaron su lastre de piedras. Esas bien pulidas por el -- pico de los pájaros rascones, fueron para los -- cimientos. Y hubo diez mil cigüeñas que fabricaban ladrillos. Y los chorlitos y aves acuáticas subían al aire el agua.

PISTÉTERO.- ¿Quién trafa la argamasa?

MENSAJERO.- Las garzas en artesas.

PISTÉTERO.- ¿Para echarla a la artesa qué hacer -- podían?

MENSAJERO.- Ah, amigo mío, esa es una invención de las más ingeniosas. Los gansos con las patas, cual si fueran paletas, revolvían la argamasa -- y la iban pasando a las artesas.

PISTÉTERO.- ¿Qué no se hará con los pies?

MENSAJERO.- ¡Por Zeus, que era cosa digna de verse a los patos acarreado ladrillos y cómo las golondrinas desde lo alto dejaban caer sus chorros de argamasa, y llevaban la planada en sus colas como si fueran niños aprendices!

PISTÉTERO.- ¿Es preciso, tras esto, pagar yo operarios? Bueno, pero la madre de la muralla, - - ¿quién la labró?

MENSAJERO.- Fueron buenos artifices para ello los pelícanos con sus largos picos, y con qué picotazos fueron labrando las puertas. Eso era un estruendo como el que hallamos en los arsenales que labran sus barcos.

Todo quedó acabado, la ciudad cerrada con - puertas y cerrojos. Y rondas hay que van y vienen con sus campanitas, y en los torreones están apostados los centinelas, y tienen sus linternas.

Y yo voy a lavarme, tú acabarás la obra.

Sale el mensajero.

CORIFE0.- ¿Ahora, tú, qué te pasa? ¿te quedaste - alelado ante el hecho de una muralla tan pronto construída?

PISTÉTERO.- Por los dioses que sí, y creo que con razón. Esto parece cuento, cosa de mentira. -- Pero... ve, allá viene un centinela y es otro mensajero. Y viene de carrera como si fuera -- bailando un baile de pirrico. ¹⁴²

MENSAJERO 2.- ¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!

PISTÉTERO.- ¿Qué cosa fue?

MENSAJERO 2.- Algo terrible. Eso nos ha pasado. Un dios de los de Zeus de pronto voló por los aires pasando por las puertas sin hacer caso de los centinelas que eran los grajos, a los que toca vigilar de día.

PISTÉTERO.- ¡Mala acción, un delito! ¿Cuál de los dioses fue?

MENSAJERO 2.- El que sea no sabemos; sólo sabemos que tiene alas.

PISTÉTERO.- ¿Por qué no mandaron la patrulla a perseguirlo?

MENSAJERO 2.- Cómo no. Se mandaron tres mil gavi-lancillos de a caballo armados de arcos todos. Y va en su seguimiento toda una caterva de aves de afiladas uñas. Cernícalos¹⁴³, halcones, buitres, tecolotes y águilas. Gran estruendo al volar hacen sus alas y el aire está agitado mientras persiguen al dios. No está lejano el dios, sino que está por cierto en este lugar.

PISTÉTERO.- Entonces hay que tomar hondas y arcos. Aquí todos mis seguidores, hay que tirar, hay --

que lanzar dardos... ¡Denme una honda!

CORO: ESTROFA.- ¡Se emprende una guerra, una guerra que no puede decirse entre mí y los dioses! ¡Vigile todo el que nació del Erebo el aire cubierto de nubes! ¡No haya un dios que pase por aquí sin darnos cuenta!

CORIFEO.- Vean en su rededor con vigilantes ojos, -- que se oye ruido de alas como de un numen que va volando.

Aparece Iris volando con grandes alas.

PISTÉTERO.- Eh tú, ¿a dónde, a dónde, a dónde vas -- volando? Quieta allí y sin moverte, suspende tu vuelo. ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? ¡Es necesario que digas de dónde vienes volando!

IRIS.- Vengo de la mansión de los dioses olímpicos.

PISTÉTERO.- ¿Cuál es tu nombre? ¿Eres nave o casco?

IRIS.- Soy Iris la veloz.

PISTÉTERO.- ¿De Paralos o de Salamina?

IRIS.- ¿Qué es eso?

PISTÉTERO.- ¿No hay uno de larga cola para que se eche sobre ella y la coja?

IRIS.- ¿Que se eche sobre mí? ¿Que me coja? ¿Qué --

sentido tiene eso?

PISTÉTERO.- Vas a gemir mucho.

IRIS.- Esto sí que es absurdo.

PISTÉTERO.- ¿Por qué puerta te colaste dentro de -- nuestros muros, malvadisima?

IRIS.- Por Zeus, no sé qué decir por cuál puerta.

PISTÉTERO.- ¿Ya ofiste cómo se hace la ignorante?

Dí: ¿te presentaste al capitán de los grajos?

¿No hablas? ¿Traes pasaporte de las cigüeñas?

IRIS.- ¿Qué tontera es ésa?

PISTÉTERO.- ¿Lo traes o no?

IRIS.- ¿Y tú estás en tus cabales?

PISTÉTERO.- ¿No hubo siquiera algún jefe de aves -- que pusiera el sello de entrada?

IRIS.- ¿Quién me lo ha de imponer? ¡Pobre de ti, por Zeus!

PISTÉTERO.- ¿Tuviste la osadía de atravesar el aire muy en silencio en una ciudad extranjera?

IRIS.- ¿Por qué otro lugar han de volar los dioses?

PISTÉTERO.- ¡Por Zeus, no sé decir... pero por aquí, no!

Luego eres culpable de un delito. Siquiera
ten sabido que, si te cautivamos, te haremos pe-
recer y quedará destruida la más famosa de --
las Iris todas. Será tu merecido.

IRIS.- Es que soy inmortal.

PISTÉTERO.- De todos modos, tendrás que morir.

Eso sería sin modo de tolerarse: tenemos man-
do en todo el mundo y dominamos en todas las
cosas, no faltaba más que los dioses hicieran
su antojo y no reconocieran ustedes el deber
de someterse a los más poderosos.

Pero, dime, ¿a dónde dirijas tu vuelo?

IRIS.- ¿Yo? Voy volando por orden de mi padre ha-
cia los hombres para intimarlos a que hagan -
sacrificios a los dioses. Que en el altar de
los olímpicos inmolen bueyes y ovejas y lle-
nen las calles con el olor del sacrificio.

PISTÉTERO.- ¿Qué dices? ¿a qué dioses?

IRIS.- ¿A qué dioses? A nosotros los del cielo.

PISTÉTERO.- ¿Luego ustedes son dioses?

IRIS.- ¿Es que hay otro dios?

PISTÉTERO.- Ahora las aves son dioses para los
hombres. A ellas tiene que hacerse el sacri-
ficio y ¡por Zeus! no a Zeus.

IRIS.- Loco, loco, no provoques de los dioses - -
la ira fuerte.

"No vaya a ser que Diké¹⁴⁴, armada de la se-
gur que le proporciona Zeus, destruya toda tu -
raza y la desarraigue para siempre.

No sea que en humo se tornen tu cuerpo y tus
bienes todos,

destruidos por el fuego, como le pasó a Lici-
onio!"¹⁴⁵.

PISTÉTERO.- Oyeme, tú mujer: deja de soflamerías.
Ten calma. Fíjate en esto:

Estás creyendo que soy uno de Lidia o de Fri-
gia, que me vas a atemorizar con tus discursos
que estás urdiendo. Ten presente que a mí no -
me espanta Zeus.

"Yo haré que en llamas arda su mansión y en-
viaré águilas flamíferas al palacio de Anfión"¹⁴⁶

Y también voy a hacer que vayan a los cie-
los los pájaros porfirios con pieles de leopar-
dos y serán aun seiscientos. Ya sabe lo que es
ser Porfirio, con la guerra que le dio aquél.

IRIS.- ¡Revienta, infeliz, con tus palabras!

PISTÉTERO.- ¿Te largas o no? ¡Y muy pronto! ¡Cuida-

do, hay golpes!

IRIS.- Mi padre aplacará alguna vez tu insolencia.

PISTÉTERO.- Ay de mí, perversa... Ya sé lo que - -
quieres. Irte volando a otra parte para ha - -
llar a un jovencito mejor que yo y agotarle --
los... alientos!

CORO: ANTISTROFA. (Se va Iris.) Tenemos prohibido
el paso a los hijos de los dioses. No pueden
pasar siquiera sobre de nuestra ciudad, y tene
mos ya prohibido que un mortal les mande ofren
das por muy pequeñas que sean para arder en --
sus altares.

PISTÉTERO.- Me está causando ya grima. Ese mensa
jero enviado a los hombres no acaba de regre--
sar.

MENSAJERO I. (Llega corriendo con una corona de --
oro.) - Pistétero, felicísimo, sabio, famoso,
sapiente, feliz entre los felices. ¡Ay, ay, --
ya no puedo más!

PISTÉTERO.- ¿Qué estás diciendo?

MENSAJERO I.- Esta corona que ves se discierne a
tu saber. Todo el mundo te la ofrece y con --
ella intentan honrarte.

PISTÉTERO.- La acepto. Pero... ¿por qué me honran -
así las gentes?

MENSAJERO I.- Tú que has edificado en los aires una
ciudad gloriosa, desconoces la alta estima en --
que te tienen los hombres y con qué cariño miran
tu obra en este país.

Antes de que tú pusieras los cimientos de es
ta ciudad, todos estaban locos por imitar las --
costumbres de los laconios¹⁴⁷. Se dejaban cre--
cer largamente la cabellera, se sometían a die--
tas de hambre y andaban muy sucios, y se sentían
imitadores de Sócrates, con sus bastones largos.

Ahora ya no. Ya les entró la moda de los pá
jaros. No tienen otro gusto de imitar a los pá
jaros. Apenas nace el día, saltan de la cama y
van volando, como nosotros vamos, a buscar su --
diario sustento. Van luego a los lugares en que
ponen carteles y se atragantan de avisos y decre
tos.

Y tal es la moda de imitar aves que ahora se
ponen nombres de pájaros. Hay un cantinero cojo
que llaman Perdiz; Menipo se llama ahora golon--
drinas; Opuncio es hoy cuervo tuerto; Filocles -
es alondra; Teogenes, ganso zorro; Licurgo es --
ibis; Querefón, es murciélago; Stracosio es urra

ca; Midas, como es de suponer, se llama codorniz, porque tiene el aspecto de una codorniz a la que dieron un palo en la cabeza.

Y ese gusto por cosas de aves llega al grado de andar cantando siempre tonos que usan las aves. Imitan golondrinas, patos salvajes, gansos, palomas, o por lo menos se visten con sus plumas.

Eso está pasando por allá. Y debes tener en cuenta que van a venir en breve unos diez mil individuos pidiendo uñas y garras al par que sus alas. Ten por tanto alas y plumas para los que vienen a refugiarse aquí.

PISTÉTERO.- Vamos, que, por Zeus, no podemos estar ociosos.

Anda, tú, llena de alas y plumas todos los cestos y canastos que halles. Y venga Manes¹⁴⁸ y traiga alas aquí afuera. Yo me voy a disponer a recibir esa gente.

CORO: ESTROFA.- Todo hombre llamará de hoy en adelante a esta ciudad, la ciudad populosa. Todo el mundo está prendado de ella.

PISTÉTERO.- (A un esclavo que trae alas.)- Mando que traigas más.

CORO:- ¿Qué bien no hallar podrán en esta ciudad los

hombres?

Hay saber, hay amor, hay gracias atractivas, y hay de la amable paz el rostro sereno.

PISTÉTERO. (Al esclavo que trae alas.) - ¡Flojo -- eres al servicio... más, mucho más...! Y aprisa.

CORO: ANTISTROFA.- ¡Un gran cestón con alas! Y -- tú, Pistétero, dale, en este modo dale... es un burro en lo flojo, que no un hombre.

PISTÉTERO.- Tardo sí es, este Manes mi esclavo.

Intenta golpear a Manes que corre.

CORO.- Ahora tú, estas alas ve disponiendo en orden.

Arriba, las del canto; abajo, las de la -- profética visión, y con ellas coloca las del mar. Y ten cuidado luego de que cada uno tome lo que a él se aviene.

PISTÉTERO. (A Manes que regresa.) Por los halcones juro, ya no te he de ocupar... ¡qué tardo y flojo eres!

Le da unos golpes y el esclavo huye.

Llega un joven que mató a su padre. Es el parri- cida.

PARRICIDA.- (Canta.) - ¡Aguila fuera, volar pudie-
ra y en el viento aletear sobre las aguas de --
azul radiante del infecundo mar!

PISTÉTERO.- No dijo mentira el mensajero. Por allí
llega uno cantando a las águilas.

PARRICIDA.- ¡Jajay jajay... nada hay más dulce que
volar! Amo el modo de vida de las aves; loco --
estoy por las aves, vuelo y ansío habitar entre
ustedes. Vivo con envidia de sus modos y nor-
mas.

PISTÉTERO.- ¿Cuáles normas? ¡Hay muchas!

PARRICIDA.- Todas me agradan, pero especialmente -
esa que da por bueno a su padre morder y torcer
le el pescuezo.

PISTÉTERO.- Por Zeus que sí, y es señal de hombría,
pensamos, que siendo aún un polluelo, golpee a
su padre.

PARRICIDA.- Precisamente por eso he venido acá. --
Tengo un deseo ardiente de ahorcar a mi padre y
quedarme con todos sus bienes.

PISTÉTERO.- Pero hay otra ley también y está ins-
crita en las tablas documentales de las cigüe-
ñas: "Cuando el cigüeño haya criado a sus hijos

y los haya dejado en capacidad de poder volar,
todas las cigüeñas tendrán que alimentarlo."

PARRICIDA.- ¿Qué gano entonces, por Zeus, si ven-
go aquí, si aun me queda el deber de nutrir a
mi padre?

PISTÉTERO.- Nada, pues. Y si vienes, amigo mío, -
con buenas intenciones de someterte a nuestras
leyes, te voy a poner un par de alas del pájaro
huérfano. Y te doy, jovencito, un no mal con-
sejo que yo también de niño aprendí. No maltra-
tes a tu padre. Toma este escudo: es ala, y to-
ma este espolón: es espada. Piensa que tienes
una cresta de gallo. Ve a hacer tu oficio de --
centinela, sé soldado y vive de lo que allí te -
pagan, que es tu sueldo y deja a tu padre que -
siga viviendo.

Ahora, si te gusta el combate, vete volando
a Tracia¹⁴⁹ y allí darás la guerra.

PARRICIDA.- Por Dióniso, bien lo dices y te voy a
obedecer.

PISTÉTERO.- Y por Zeus que harás muy bien.

Se va el parricida y llega el poeta Cinesias.